



Las Cruces: Memoria, Resistencia y Patrimonio vivo
Yenny Yolanda Ortiz Bernal



Proyecto Ganador de la Beca la historia contada en barrios y manifestaciones culturales de Bogotá

Las Cruces: Memoria, Resistencia y Patrimonio Vivo. Investigación-creación para la reactivación del patrimonio comunitario en Las Cruces

Yenny Yolanda Ortiz Bernal

Patrimonios que laten en territorios que riman

Las Cruces en la historia de Bogotá, tradicionalmente ha sido conocido como el barrio obrero, como la periferia del centro, como ese lugar contrahegemónico en donde la vida cotidiana se ha tenido que resignificar, a través del trabajo duro, del esfuerzo, y particularmente, en los últimos años, a través de las prácticas artísticas.

La historia de este barrio, ha sido contada principalmente desde las letras de los archivos, en los cuales, lejos de tener un registro de las voces del territorio, aparecen unos mojones de letras que relatan hechos históricos que hoy en día, aunque ayudan a reivindicar la memoria colectiva, se alejan de las necesidades y cotidianidades de la comunidad.

En ese sentido, poder narrar la historia de Las Cruces, desde la evolución de las prácticas artísticas, pero particularmente desde el hip hop, un género musical que ha sido un espacio de resistencia, invita a que este ensayo, no solo sea una reivindicación a las memorias y reflexiones que se llevaron a cabo durante los 3 meses que duró la beca, sino que implica un compromiso ético por entender el papel que juega el rap, como patrimonio de Las Cruces.

La estructura de este ensayo se va a dividir en tres voces principales, la primera de ellas expresada en el apartado “una historia del hip hop asociado a Las Cruces, en la que el equipo de base, construye una narrativa que permeó en productos como el cortometraje, por otra parte, está la voz reflexiva que surge desde la experiencia adquirida en este proceso, en la que se construye un camino más institucional, frente a las reflexiones del patrimonio. Y por último, se reconocen unos valores del patrimonio, a partir de testimonios recabados en los talleres de la comunidad, frente a una percepción de lo patrimoniable colectiva.

Una historia del Hip Hop asociada a Las Cruces o “La cuna del Hip Hop”

En el centro de Bogotá, a unas cuadras del Palacio de Nariño, existe un barrio que respira historia obrera y rebeldía. Las Cruces fue uno de los primeros barrios de trabajadores, artesanos y campesinos que llegaron a la ciudad buscando futuro. Entre sus calles empinadas, fachadas coloniales y talleres de carpinteros y zapateros, llegó el hip hop: primero como una moda, luego como un refugio, y finalmente como una forma de vida.

El Hip Hop nace en Estados Unidos en la década de 1970, como una respuesta contestataria de las comunidades afroamericanas frente al orden impuesto por la sociedad blanca. A través del arte el rap, el graffiti, el breakdance y el DJing, los jóvenes encontraron una manera de expresar su descontento y su identidad. Y así lo que en los setenta fue un grito de libertad en el Bronx, cruzó fronteras en los ochenta y se mezcló con el polvo, la fe y la rabia de los barrios populares de Bogotá. Kennedy, Suba y Las Cruces fueron sus primeros ecos. Pero fue en Las Cruces donde esa cultura encontró un lenguaje propio, un territorio que entendía de injusticias, pero también de dignidad.

La disputa por el título de “la cuna del hip hop colombiano” aún resuena. Cada barrio reclama su lugar en la historia, pero no es un secreto que algunos de los grupos más reconocidos del país; La Etnnia, Gotas de Rap, Estilo Bajo, Cescru Enlace y Kalibre 22, entre otros nacieron en Las Cruces.

*“...Bienvenidos a las cruces
es la cuna del Hip Hop con la melodía del gueto...
bienvenidos a mi barrio es sinónimo de rap...
desde las calles de Las Cruces para el universo entero
esta es la cuna del Hip Hop
este es el barrio del obrero, el zapatero, de mi abuelo...
Las calles son escenarios donde ocurren hechos extraordinarios...
el barrio es rap rap rap...”*
-Cescru Enlace, “La Cruces” 2017

Como cuentan Angola, Konten y Yhimara, el Hip Hop se arraigó en el barrio por dos razones: la violencia que se vivía a finales del siglo XX y la apertura cultural hacia Estados Unidos. De allí surgieron los primeros grupos como New Rappers, que darían origen a La Etnnia y Gotas de Rap. Estas agrupaciones se nutrieron del contacto con los llamados “Internacos”, personas del barrio que viajaban a trabajar a Estados Unidos y regresaban con casetes y discos de los grandes del rap del Bronx, de Nueva York. La adopción y adaptación del Hip Hop fue casi inmediata. Los jóvenes encontraron en él una forma de alzar la voz ante la violencia y la falta de oportunidades.

*“...por las difíciles condiciones de vida
algunas personas en el barrio Las Cruces
se han visto en la necesidad de robar,
traficar e incluso matar para vivir...”*
— Gotas de Rap, “Matar para vivir”, 1995.

Así, el hip hop se mezcló con el ADN del barrio. No llegó como algo ajeno: encontró un terreno fértil, un lenguaje común hecho de lucha, comunidad y resistencia. Como los obreros que forjaron la ciudad con sus manos, los jóvenes comenzaron a forjar

su identidad con versos, pasos de baile y murales y el arte se volvió su herramienta de supervivencia.



Portadas álbumes de rap década 1990

Fuente:<https://www.youtube.com/watch?v=7IIU50IL4M4&t=211s>

Antes de los grandes grupos, hubo cartones y pedazos de konker con parlantes y grabadoras prestadas, Betin Big Boy , o el Señor Hernan Baquero, recuerdan que, las primeras expresiones fueron de los breakers: batallas entre jóvenes que ocupaban plazas, parques y calles. Allí se apropiaron del espacio público, que para ellos no era patrimonio sino hábitat: su lugar de encuentro y desarrollo. Las paredes empezaron a hablar, los grafitis marcaron el territorio, y los muros se convirtieron en manifestaciones visuales, Por su parte, los MC y los DJ alzaban sus voces en protesta contra la desigualdad, la violencia y el abandono estatal. Sus letras eran crónicas de una ciudad que sobrevivía y entre rimas, bases rítmicas y versos improvisados, el Hip-Hop se volvió altavoz de una generación que aprendió a decir con ritmo, con rabia y con orgullo que también existía hasta consolidar un movimiento que transformó las esquinas en escenarios y los muros en lienzos.

*“Todo ha girado alrededor del dinero,
olvidaron sus valores, la moneda fue primero,
hardcore de Las Cruces con un aire bandolero,
Zebra te lo cuenta para ti que eres un guerrero.”*
— La Etnnia, “Manicomio 5-27”, 1995.

A principios de los noventa, lo que parecía una moda barrial se convirtió en una identidad colectiva. La Plaza y la Iglesia de Las Cruces se transformaron en símbolos de disputa entre la institucionalidad que las declaraba patrimonio y la comunidad, que las asumía como escenarios de otra forma de patrimonio: el de la calle. Mientras la institucionalidad protegía muros, el barrio protegía memorias.

Si hubiera que señalar un hito, muchos mencionan el Primer Festival de Hip Hop de 1993, realizado en la Plaza de Bolívar, donde se presentaron varios grupos de la ciudad, la mayoría de Las Cruces. Desde allí, la cultura empezó a expandirse más allá del barrio e incluso del país, llegando a plataformas como MTV, como recuerda Konten en el documental *“De la Cuna al Hip Hop”*.

El barrio, acostumbrado a reclamar su lugar frente a una ciudad que lo ignoraba, encontró en el Hip Hop un espejo. Arte y supervivencia fueron la misma cosa. En los años 80 y 90, mientras muchos jóvenes se perdían entre las drogas y la violencia, otros encontraron en la cultura un camino distinto.

*“De la esquina a la tarima, del dolor a la rima,
no todo fue fortuna, pero fue disciplina.”*
— La Etnnia, “Real”, 1997.

Con el tiempo, el impulso individual se volvió acción colectiva. Lo que empezó como un juego se transformó en un proyecto de vida. Los mismos jóvenes que bailaban sobre cartones se convirtieron en maestros, gestores y líderes culturales. En Las Cruces, el Hip Hop tomó forma de escuelas, colectivos y procesos comunitarios, y los artistas dejaron de hablar sólo de sí mismos para hablar de su territorio: sus problemas, pero también sus soluciones.

El arte se transformó en pedagogía popular y una fuente de trabajo. Las generaciones que crecieron sin espacios institucionales crearon los suyos. Hoy, el Hip Hop en Las Cruces es una herramienta educativa y política, un medio para hacer memoria y construir comunidad. Las adultas mayores bailan y escriben rap con los más jóvenes, y las letras se mezclan con historias de vida, salud y resistencia.



El rap como una oportunidad de integración intergeneracional
Fuente: Archivo autor

Los pioneros que comenzaron bailando sobre cartones hoy son maestros. El mismo arte que los salvó ahora guía a las nuevas generaciones. Cada grupo, cada mural,

cada verso es una huella y una responsabilidad: mantener el respeto, la disciplina, el amor por el barrio y la conciencia social.

El Hip Hop que nació de la carencia hoy enseña a construir desde la abundancia, desde el conocimiento y la colaboración. Es la memoria viva de Las Cruces: un archivo en movimiento donde el rap, el graffiti, el baile y la palabra se convierten en actos de revolución.

Porque cuando algo nace del pueblo, no muere:
“Esto es del barrio y para el barrio,
de los que caen, pero no se rinden a diario.”
— Cescre *Enlace*, “Resiste”, 2003.

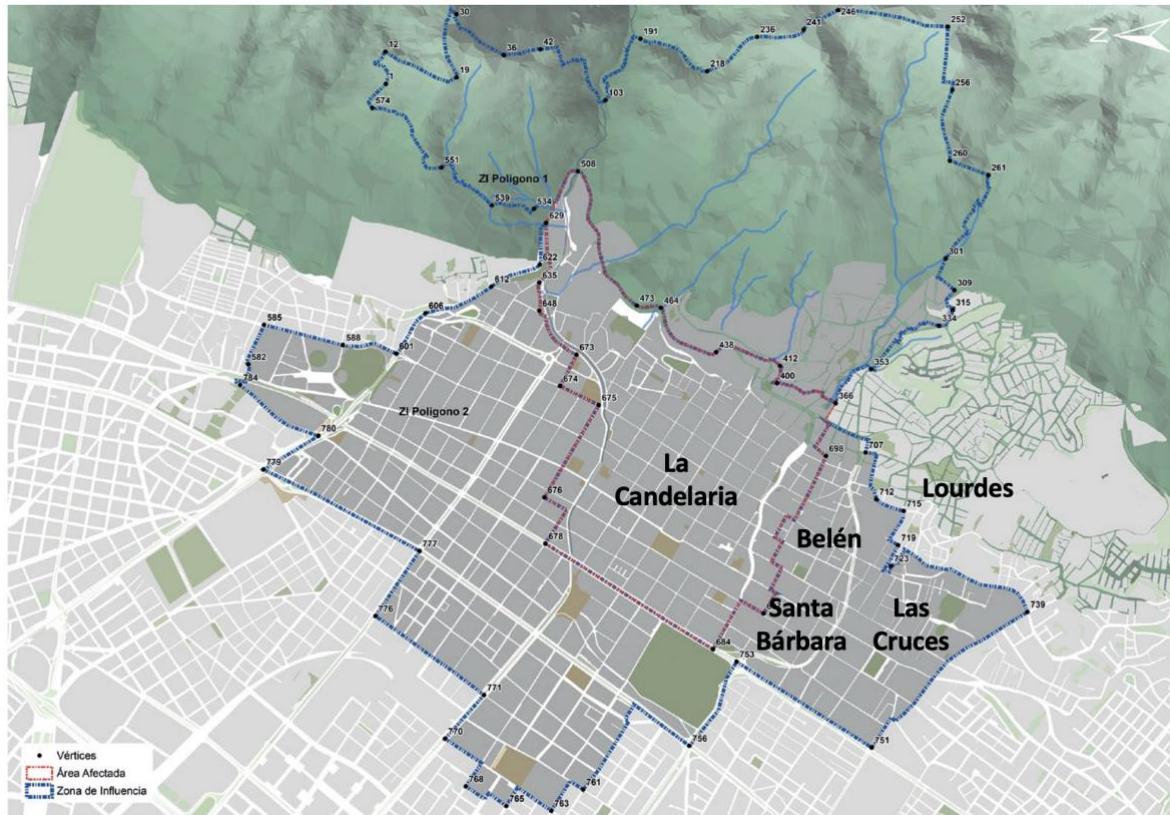
Y así, en las calles de Las Cruces, sigue latiendo el corazón del Hip Hop colombiano: lo que empezó como un juego se volvió camino; lo que fue estigma hoy es orgullo; lo que fue resistencia hoy es legado. El Hip-Hop no solo cambió al barrio: lo hizo eterno.

El patrimonio como espacio de conflicto.

La historia oficial le dio al barrio un lugar en el mapa del patrimonio, pero no un lugar en la política de la ciudad. Desde el 29 de agosto de 1989, la Plaza de Mercado de Las Cruces, así como su entorno inmediato, entra a engrosar las bases de datos de los Monumentos Nacionales del país. Esta declaratoria que si bien, es un punto de orgullo para la comunidad, históricamente ha sido un espacio de disputa, y es que los colectivos artísticos han identificado que esta declaratoria no ha sido suficiente para el involucramiento de las entidades estatales.

En términos de política pública, es evidente que a las Cruces lo han identificado como un patrimonio de segundo nivel. Por ejemplo, al revisar la declaratoria de los Decretos 326 de 1992, que se plantea un primer perímetro de conservación del centro, no se tiene en cuenta el barrio, y en el Decreto 678 de 1994, que estuvo vigente hasta la creación del PEMP, se le menciona genéricamente como “el sector sur” el cual únicamente quedaría declarado a nivel distrital, a pesar de la previa declaratoria de la Plaza y su entorno como monumento nacional.

Estas disposiciones no han cambiado sustancialmente, y es en la Resolución 088 de 2021 del Ministerio de Cultura, por la cual se aprobó el PEMP del Centro Histórico, no sólo, no se modifican los límites del Decreto 678 frente al área afectada, sino que Las Cruces queda inmersa como zona de influencia, que en términos patrimoniales, es un área de segunda importancia, o incluso la misma UNESCO, la determina como un área de amortiguamiento.



El Sur del centro
Fuente:Cartilla de Norma Urbana Patrimonial PEMP CHB. IDPC

Estas contradicciones se hicieron visibles en cada taller. Mientras los decretos hablan de conservación, la comunidad habla de creación; mientras la institucionalidad delimita, el barrio expande. Los vecinos no se reconocen en la frialdad del inventario patrimonial, sino en la calidez de la práctica: el oficio, la música, la memoria que se comparte. La verdadera gestión patrimonial se hace con ollas, con micrófonos, con afecto.

Prácticamente la Iglesia y la Plaza de Las Cruces, será el símbolo por antonomasia resignificado por parte de la comunidad, y es que, aunque este sea un símbolo que representa algunos elementos hegemónicos, como una estética moderna impuesta desde la jerarquía institucional, saben que los símbolos que representan al barrio, están profundamente anclados a estos espacios arquitectónicos.

El entorno de la plaza, es identificado por otros espacios icónicos como el Colegio El Rosario, el edificio de la Congregación Colombiana de Siervas de Cristo Sacerdote, o incluso espacios como la Barbería tradicional de la familia Baquero, los cuales van a ser espacios que no solo la comunidad identifica rápidamente, sino que también son el telón de fondo de la mayoría de los videos de las agrupaciones de rap y de las narrativas visuales del barrio.



Mapeando los lugares de la memoria

Fuente: Fotos Taller No. 1.

Este patrimonio “mayor” -el visible, el monumental, sirve como una proyección o una tarima de cara a la ciudadanía en general, y es que es más fácil que personas de Bogotá tengan un imaginario de Las Cruces a partir de estos dos hitos. Sin embargo, internamente en el barrio, pareciera que existe un patrimonio “menor”, que concentra una gran cantidad de patrimonios integrados, y que son espacios fundamentales para la comunidad, muchas veces ignorados por la institucionalidad.

Entre estos espacios se encuentra el CDC de Lourdes, epicentro de prácticas culturales y encuentros comunitarios alrededor de competencias de break dance. En su zona de influencia sobreviven hitos históricos como el Barrio Fábrica de Loza donde aún se conservan los Lavaderos Gaitan fundados en 1936. Estos lugares son verdaderas cápsulas de memoria y testimonio de un tejido social que se niega a desaparecer.

Así mismo van a aparecer espacios como el Polideportivo Tisquesusa o el salón comunal, que, aunque no revistan los valores tradicionales que suelen definirse para el patrimonio cultural, establecidos en la Ley 397 de 1997. Aquí los valores los ha construído una comunidad que defiende sus espacios, por que les ha costado luchar para tener un espacio de expresión cultural.

Esta constelación de sitios patrimoniales formales e informales, si bien no quedan estrictamente en el límite administrativo de lo que se conoce como el barrio Las Cruces, para su comunidad, nunca ha sido un impedimento estas barreras invisibles para poder entender que son parte de un territorio extendido físico y cultural, que tiene en común, estar a la espalda de La Candelaria, con todo lo que esto ha implicado en términos de inversión, estigmas y desarrollo.



Relatos de la memoria
Fuente: Fotos Taller No. 2.

El patrimonio de Las Cruces, no solo se limita a su esencia material, y quienes han permitido reconocerlo, se dan cuenta que, este, se ha vuelto un motor de cambio, en el que se ha podido empoderar a juventudes que lejos de quedarse en los entornos violentos en los que han crecido, en el break dance, hip hop y el graffiti. Estos lenguajes urbanos, lejos de ser marginales, se han convertido en herramientas de empoderamiento y reconstrucción de tejido comunitario.

Estas experiencias que se han dado más desde la voluntad por transformar el barrio, se han dado gracias a las voces de gestores culturales como Estiven, Yimara y Tintin, entre otros. Quienes han empezado a multiplicar estos espacios de expresión artística, bajo un deseo de mejora comunitaria, frente a únicamente el deseo individual.

En ese sentido Fusion Crew, Latin Fury, Diamond Style, Spink Breakers o Herencia Cruceña, no son solo nombres al azar de escuelas de baile, sino que son espacios de encuentro comunitario que le han dado la oportunidad de viajar a los chicos y chicas del barrio, a diferentes países en el exterior, a representar al país, pero sobre todo a representar a su comunidad.



Recorriendo el patrimonio de Las Cruces

Fuente: Fotos Taller No. 3.

Este patrimonio integrado que cuenta entre una capa física de una red de parques y espacios públicos, con unos monumentos con una amplia representatividad física, más unos saberes comunitarios asociados al Hip Hop, más allá de una necesidad de estar inscritos en una lista representativa de patrimonio cultural inmaterial, necesita un apoyo de gestión barrial, necesita un apoyo a un patrimonio vivo que se ha gestado entre la comunidad.

Reconocer este entramado no es solo un acto de justicia cultural, sino una oportunidad para replantear la noción misma de patrimonio: no como un bien inerte, sino como un proceso social en movimiento, sostenido por las manos, las voces y la creatividad de su gente.

Como investigadora-, entendí que la *investigación-creación* no busca representar, sino acompañar. No es mirar desde fuera, sino construir desde adentro. Escuchar a la comunidad fue también una forma de transformar mi propia idea de patrimonio. Las respuestas a la pregunta *¿Qué es patrimonio para usted?* no solo llenaron un archivo: me obligaron a despojarme de la mirada académica y aprender desde la experiencia. En Las Cruces comprendí que la memoria no se estudia, se vive.

El evento final fue la metáfora perfecta de esa disputa reconciliada. La plaza se llenó de vida: bingos, versos, mercados, pasteles, música, ajáaco para 350 personas. Los códigos QR que llevaban a la Pág Web y al cortometraje se mezclaron con los abrazos, y el conocimiento volvió a circular en forma de encuentro. La investigación se volvió fiesta, la metodología se volvió comunidad, y el resultado más importante fue intangible: el orgullo de saberse patrimonio vivo.

La memoria, en Las Cruces, no busca consenso: busca persistir. Es una memoria que rima y que disiente, que se pinta en los muros y se canta en las esquinas. Una memoria en disputa que no pide permiso para existir, porque sabe que en cada verso, en cada gesto, en cada acto de cuidado, late un territorio que resiste y una comunidad que crea.

Y qué es lo que valora la gente de Las Cruces?

Caminar por las calles del barrio *Las Cruces* es adentrarse en una memoria viva que no se limita a los monumentos o a los bienes materiales; sino que es una herencia afectiva, un tejido de memorias, luchas y esperanzas que sigue latiendo en cada esquina. Así lo expresan los propios habitantes del barrio, cuyas voces revelan los múltiples valores culturales que dan sentido a *Las Cruces* como patrimonio. Durante los talleres del Laboratorio, la pregunta *¿Qué es patrimonio para usted?* provocó una sinfonía de respuestas. Cada testimonio fue una grieta luminosa en la idea rígida de patrimonio: un recordatorio de que la historia también se escribe con afectos, con gestos, con comunidad.

Juan Carlos Herrera Skorpio lo resume con claridad cuando dice que “*patrimonio para mí es no olvidar de dónde salimos, de dónde venimos, es historia y es preservación*”. En sus palabras se percibe una idea de raíz, una conciencia de pertenencia que trasciende lo físico. El patrimonio, más que un objeto, es un recordatorio de la trayectoria colectiva. Es memoria viva que se cuida, se defiende y se transmite.

En esa misma línea, Martha Lucía Escobar asocia el patrimonio con “*algo histórico, como por ejemplo nuestra plaza de mercado que es un monumento de muchísimos años, siglos diría yo*”. Su testimonio recupera el valor simbólico de los espacios cotidianos: la plaza no es solo un lugar de intercambio económico, sino el corazón de la vida comunitaria, un escenario donde se cruzan generaciones, saberes y afectos. La plaza de mercado se convierte, así, en un testimonio tangible de la identidad del barrio.

Otros, como Beatriz Rodríguez, recuerdan con nostalgia la vitalidad de un pasado compartido: “*Las Cruces es creativo, es histórico, hay buenas ventas, me gustaba como era antes que vendían mercados hasta la séptima, eran muy unidos, había mucha unión*”. En su relato se siente la añoranza por una comunidad cohesionada, en la que la vida social y el trabajo cotidiano se entrelazaban naturalmente. Esa unión, ese sentido de pertenencia colectiva, constituye uno de los valores más poderosos del patrimonio inmaterial de *Las Cruces*: la solidaridad vecinal, el reconocimiento del otro como parte de un mismo destino.



Mosaico de las voces que construyen el patrimonio

Fuente: Imágenes taller 4 Validación y proceso de cocreación cortometraje

El artista Eduardo Angola refuerza esta idea al afirmar que “*patrimonio para mí es prácticamente todas estas calles, todas estas casas de colores que han visto el crecimiento de muchos artistas y muchas personas de acá de Las Cruces*”. Su mirada pone en el centro la relación entre el espacio y la creación: el barrio como inspiración, como escenario y como escuela. Las calles no solo albergan historias, sino también procesos de formación cultural que nutren el arte local. En *Las Cruces*, la estética no está separada de la vida cotidiana; es un acto de resistencia y de amor por el territorio.

El testimonio de Kontent introduce una reflexión profunda sobre la herencia cultural: “*para mí patrimonio es bienes, derechos y obligaciones... lo que uno posee como la cultura, la cultura la poseemos y eso para mí es el patrimonio más grande porque es lo que se le puede dejar a los hijos y a las nuevas generaciones*”. Aquí el patrimonio aparece como un compromiso ético: no basta con disfrutarlo, hay que custodiarlo, mantenerlo vivo para los que vienen. Se trata de una herencia que no se mide en propiedades, sino en conocimiento, memoria y ejemplo.

De manera similar, Manuel Torres, conocido como Código de Kalle, declara que “*patrimonio para mí es mi barrio Las Cruces, un barrio lleno de cultura, lleno de historia, un barrio de personas luchadoras y soñadoras*”. Su voz expresa orgullo y pertenencia. En su visión, el patrimonio se vincula con la identidad colectiva, con el reconocimiento de un linaje de resistencia. Las Cruces no es solo un lugar, sino una comunidad que ha sobrevivido a la estigmatización y ha sabido reinventarse a través del arte, el trabajo y la memoria.

Desde otra perspectiva, Jaki Castro entiende el patrimonio como “*todo aquello que se realizó en los tiempos pasados, en los tiempos conmemorables, todo aquello que*

hoy en día prevalece, que hoy en día lo reconocemos y lo tenemos para nuestro deleite”. Su reflexión muestra que el patrimonio no se agota en la nostalgia, sino que adquiere sentido en el presente, cuando se reconoce su valor y se lo disfruta como parte de la vida contemporánea.

Liliana Milena Castro amplía esta comprensión al decir que “*el patrimonio es todo ese conjunto de bienes materiales e inmateriales que identifican un territorio, una población, que hace que uno conozca más de esa historia cultural, artística y que debería conservarse de generación en generación*”. Su mirada combina lo tangible y lo intangible, lo físico y lo simbólico. El patrimonio, entonces, no solo se toca o se ve: también se siente, se escucha, se aprende.

En esa misma línea de transmisión y amor por el territorio, María Isabel Yhimara MC expresa que “*patrimonio para mí es herencia, cultura y amor por mi barrio*”. Su experiencia como trabajadora del Hip Hop en el sector durante más de dos décadas muestra cómo las expresiones urbanas también son formas de patrimonio vivo. En su voz resuena la fuerza del arte comunitario como vehículo de identidad y transformación social.

Tatiana Obregón, por su parte, ofrece una visión más espiritual y pedagógica: “*para mí el patrimonio es una felicidad, es amor, es protección, es conocer, es observar... el ser patrimonio implica un reconocimiento muy lindo que también es una responsabilidad muy grande*”. En su discurso se entrelazan el saber ancestral, la pedagogía y la conciencia ambiental. Ella habla desde un lugar de conexión profunda con la naturaleza y con la tarea de educar para conservar. El patrimonio, en este sentido, no solo pertenece al pasado: se construye activamente en cada gesto de cuidado y transmisión de saberes.

Otras voces, como la de Davis Alejandro Castelblanco Rosas, subrayan la dimensión social del patrimonio: “*más que lo material viene siendo la riqueza cultural, todo el arte que se ve en estos barrios... saber que hay gente que le tiene tanto amor a lo que es y seguirá siendo*”. Su testimonio evidencia una reivindicación del barrio como espacio digno, donde el arte y la comunidad contrarrestan los imaginarios negativos. *Las Cruces*, muchas veces estigmatizado, se revela aquí como un lugar de creación, orgullo y esperanza.

Carlos Ortiz, conocido como Betin Big Boy, también asocia el patrimonio con “*toda la historia que nos enriquece aquí en el barrio y de cómo valorizar y valorar todo lo que han venido construyendo nuestros abuelos*”. Su voz reivindica la historia intergeneracional: los abuelos como pilares de la memoria, los jóvenes como sus continuadores. En esta visión, el patrimonio es un puente entre tiempos y personas.

Hilary Gil Russ aporta otra perspectiva interesante al reconocer que “*no tenía bien claro qué era patrimonio hasta que lo conocí el día de hoy... me dejó aprendizaje y conocimiento y es importante hacerle saber a todo el mundo que hay más allá, no solamente La Candelaria sino también el barrio de Las Cruces*”. Su testimonio resalta el papel del conocimiento y la educación patrimonial: comprender el valor

del lugar transforma la mirada y amplía la idea misma de ciudad. *Las Cruces*, muchas veces invisibilizado, aparece así como un territorio que enseña y que debe ser reconocido por su riqueza cultural.

Finalmente, Luzdaru Giraldo resume en pocas palabras una emoción profunda: “yo amo mis Cruces porque acá tuve mis hijos, acá fueron criados y dejen por favor de hablar tan feo de *Las Cruces*”. Su llamado al respeto sintetiza uno de los valores más esenciales del patrimonio: el afecto. Amar el lugar donde se ha vivido, defenderlo de los prejuicios, es también un acto patrimonial. El amor, la memoria y la dignidad se entrelazan en esta defensa apasionada del territorio.

Estas voces, distintas pero complementarias, dibujan un mapa de significados que va más allá de la arquitectura o la historia oficial. En *Las Cruces*, el patrimonio es la suma de los afectos, las luchas, las memorias y los saberes cotidianos. Es una forma de identidad compartida que se sostiene en la palabra, en la música, en el comercio, en el arte urbano, en la vida de barrio.

El proceso desarrollado en *Las Cruces* confirma que el patrimonio no es una herencia estática, sino una práctica viva que se construye cotidianamente. A través del Hip-Hop, los oficios, la fotografía y la palabra, la comunidad ha demostrado que la memoria se preserva cuando se vive y se comparte. *Las Cruces* no solo representa un capítulo en la historia cultural de Bogotá: es un laboratorio social donde el arte se convierte en herramienta de educación, cohesión y transformación.

El proyecto *Las Cruces: Memoria, Resistencia y Patrimonio Vivo* permitió visibilizar que los lenguajes contemporáneos como el Hip-Hop y el arte urbano son hoy expresiones legítimas del patrimonio cultural inmaterial. Estos diálogos entre generaciones, disciplinas y saberes resignificaron los vínculos entre las prácticas artísticas y la identidad barrial, aportando a la comprensión de los patrimonios múltiples que conviven en la ciudad. Así, la noción de patrimonio se amplía: deja de referirse solo a la conservación material y se proyecta hacia la vitalidad de las memorias colectivas, los afectos y los procesos creativos.

El reconocimiento institucional hacia estos patrimonios en movimiento abre un camino de encuentro entre comunidad y política pública. Sin embargo, la experiencia demuestra que el reto no está únicamente en la declaratoria o en la gestión normativa, sino en mantener los espacios de participación y co-creación que fortalecen la apropiación social del patrimonio. Los talleres, los recorridos y el cortometraje revelaron que cuando la ciudadanía se reconoce como parte activa del proceso, el patrimonio se vuelve más inclusivo, dinámico y sostenible.

Finalmente, esta investigación-creación reafirma que el patrimonio no se mide por su antigüedad ni por su monumentalidad, sino por su capacidad de seguir generando sentido. En *Las Cruces*, el arte, la palabra y la memoria se entrelazan para recordarnos que el patrimonio es también futuro: un territorio que sigue latiendo, resistiendo y creando comunidad.